



EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 13. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 1.º DE ABRIL DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.

Quando el velo de los altares se ha rasgado; las campanas voltean en las torres y celebran la Resurreccion de Cristo entonando un himno de júbilo al vencedor de la muerte. En las puertas de abril, del mes favorito de la primavera, nos encontramos con la Pascua florida. De la tristeza, la quietud y el silencio hemos pasado como por encanto al regocijo, á la actividad y el ruido. Las campanas han dado la señal rompiendo el aire con su alegre armonía. En las ondas de luz, de sonidos y de perfumes que llegan en este momento hasta nosotros, debe haber algo de aquel encanto inesplicable é irresistible de que se siente poseído Fausto en una de las primeras escenas del poema de Goethe, al oír la misteriosa música de las campanas de la vetusta catedral gótica que saludan el alba del día de la Resurreccion.

El tiempo, por su parte, no ha contribuido poco á completar los seductores detalles del cuadro. Compañero de nosotros y para darnos á entender que no porque se entretenga á despedir cariñosamente al invierno pierde un día de jornada en el camino que le conduce al verano, se ha plantado de un salto en la primavera. Y hemos aquí gozando de todas las delicias que proporciona la corte con sus mañanas frescas y alegres que llaman con un rayo de sol á la ventana de los perezosos, convidándonos á ir al Retiro, donde ya florecen las primeras lilas, y con sus tardes serenas y templadas que reunen en el Prado, en la Castellana y Recoletos á lo mas elegante y escogido de la sociedad madrileña.

Absortos en la presente felicidad solo nos asalta de cuando en cuando un temor. ¿Durará esto mucho? El tiempo que para hacer resaltar mejor la bondad de sus

días hermosos viene agobiándonos á fuerza de contrastes ¿renunciará por completo á esos efectos teatrales que cuando menos se espera hacen sufrir al termómetro un bajon de catorce ó quince grados? Dificil nos parece, porque como dice el adagio, el que malas mañanas há, tarde ó nunca las olvida. No obstante, la desconfianza que abrigamos respecto á este caprichoso árbitro de nuestra salud y nuestros placeres, no nos impedirá darle un voto de gracias por el interregno que nos ha concedido.

Merced á su benevolencia, los fieles han podido acudir como de costumbre á visitar los templos sin grave detrimento del vestuario de gala, y las procesiones y cofradías han salido á las calles sin temor de que un chubasco las desordene ó desluzca. Respecto á Madrid, aunque el temporal hubiese impedido esta última parte de la solemnidad religiosa, seguramente quen o seria muy de lamentar la pérdida del espectáculo. Es cosa olvidada de sabida que en cuanto al mérito de las imágenes y el lujo y la pompa de cofradías y procesiones, la coronada villa apenas puede sostener la comparacion con la última de las capitales de provincia de España.

No sucede lo mismo en lo que concierne al decorado y ornamentacion de las iglesias, pues si bien no se hallan monumentos tan magestuosos é imponentes por sus colosales proporciones como los de las catedrales de Toledo y Sevilla ó el no menos artístico y grandioso de San Lorenzo del Escorial, el buen gusto y la acertada disposicion de los que se ven en los templos de la córte suplen á la falta de magnitud y de grandeza, que no permite á veces la pequenez del recinto en que se levantan.

Lo mas notable y clásico de la Semana Santa de Madrid es, pues, la tarde del Jueves Santo en que la poblacion en masa, cumpliendo uno de los preceptos de la solemnidad, visita los monumentos de las diferentes iglesias. En ese día las damas elegantes truecan las caprichosas *toilettes*, propias del Real, y el distinguido sombrero francés de rigor en la Castellana, por la sencilla y severa falda de glase negro y la graciosa y tradicional mantilla española y colocadas á la puerta de los templos consiguen de sus admiradores que, siquiera por un momento, hagan de la Caridad fórmula de galantería.

La devocion en primer término y la curiosidad en segundo atraen un inmenso número de personas á las iglesias cuyo camino señala un cordon de gentes que

van y vienen sin cesar. Como en los años anteriores la capilla del Obispo donde se admiran en esta época los apreciables lienzos de Villoldo, ha sido una de las mas frecuentadas llamando igualmente la atencion de los Hospital general y la parroquia de San Ginés por los elegantes y artísticos monumentos que en ellas se han colocado nuevamente.

Pero como todo pasa en este mundo, la Semana Santa con sus esplendores religiosos, sus austeras penitencias y su silencioso recogimiento ha pasado tambien volviendo las cosas á seguir su curso regular y ordinario. Como es natural al fijar de nuevo la vista en los asuntos objeto de nuestra preferente atencion, encontramos un sinnúmero de novedades de toda especie. De estas novedades unas las constituyen sucesos realizados, otras se componen de proyectos y planes para un cercano porvenir. En política sobre todo hay materia para escribir no una revista sino algunos volúmenes. Y eso que no entra en nuestro ánimo ocuparnos de lo que pasa de puertas adentro.

Por de pronto segun las últimas noticias que encontramos en correspondencias dignas de crédito y á juzgar por el carácter que presenta la tan debatida cuestion de los ducados alemanes, se hace inminente la guerra entre Prusia y Austria. Esto al menos dicen la mayor parte de los periódicos estranjeros y del mismo modo opinan políticos experimentados y sagaces en esta clase de negocios. Sin embargo á nosotros se nos antoja que esta vez como siempre las dos grandes potencias alemanas se limitarán á cambiar algunas diatribas en las hojas oficiales, á hacer algunos equilibrios diplomáticos, quitar el polvo á las armas de los parques, y como el valenton del famoso soneto de Cervantes mirarse de soslayo y marcharse sin hacer nada.

Algo mas seria nos parece la agitacion que se deja sentir en toda Italia á medida que se aproximan el plazo estipulado en el convenio de 15 de setiembre, para el completo abandono de Roma por la guarnicion francesa; agitacion que se ha manifestado bien á las claras con pretesto de la anulacion del acta de Mazzini.

Elegido el célebre triunviro por uno de los distritos electorales de Italia, para ocupar un escaño en el Parlamento, la Cámara ha anulado el acta cerrándole las puertas de la representacion nacional. El partido de accion conociendo que de dia en dia pierde terreno en las esferas oficiales, acusa al gabinete de haber cedido

en este asunto á la influencia de las Tullerías, y en un *meeting* celebrado en Florencia los oradores han ido tan lejos por este camino que hubo momentos en que se temió seriamente por la conservacion del órden. Al *meeting* de Florencia parece que seguirán otros muchos en diversas localidades de la península, y los exaltados asociando los nombres de Garibaldi y Mazini y tremolando la bandera con el lema de *Italia una y Roma la capital*, no dudamos que daran mucho que hacer al gobierno de su país y á los gabinetes extranjeros que ya comienzan á preocuparse de esta formidable cuestion.

En Inglaterra por el contrario los vientos soplan de diferentes cuadrantes. Por espacio de algunos años los radicales hicieron de la reforma un ariete poderoso para batir en brecha á los gobiernos conservadores: en la cámara, en la prensa, en las reuniones públicas, se presentaba este paso como una necesidad para todos los intereses: pero hé aquí que el jefe de la parcialidad que mas alto proclamaba la conveniencia de la ampliacion de ciertos derechos, sube al poder y cuando intenta poner en práctica su idea, se encuentra con una oposicion compuesta de partidarios tan decididos y numerosos como los que un día logró reunir en torno á su estandarte. ¿Era ficticia la atmósfera que se hizo en todo el país por los radicales al iniciar estas medidas? ¿Han cambiado de tal modo las circunstancias que lo que antes fue necesidad apremiante ahora podria calificarse de aventurado y atrevido? Hé aquí un problema que los periódicos ingleses se afanan inútilmente por resolver: pero entre tanto es un hecho que la reforma encuentra cada día mayores obstáculos en su camino y que los que mas claro ven en la cuestion no dudan de que el ministerio se encuentra como vulgarmente se dice entre la espada y la pared, esto es en la alternativa de retirar el *bill* de la cámara ó retirarse él mismo de la gestion de los negocios públicos.

Mientras el gabinete británico se decide por una ó otra cosa retirémonos nosotros del terreno de la política para apuntar dos noticias pertenecientes al círculo de las artes y la literatura.

La real academia de San Fernando ha nombrado su socio correspondiente al ilustrado canonigo lectoral de la catedral de Córdoba señor don Vicente Cándido Lopez. Cuantos se interesen algo por el esplendor de las artes españolas y vean con gusto difundirse en todas las clases sociales el inteligente respeto y la piadosa veneracion hacia los monumentos que nos han dejado otros siglos como testimonio de su grandeza, no podrán menos de aplaudir eleccion tan acertada. En efecto el señor don Vicente Cándido Lopez, dando un ejemplo digno de imitarse, ha emprendido la restauracion de la célebre mezquita cordovesa, hoy convertida en templo cristiano, con un acierto y una inteligencia dignos de los mayores elogios. Merced á su ilustrada iniciativa y á su actividad incansable, los entusiastas de la arquitectura árabe podrán admirar en toda su pureza y esplendor una de sus mas hermosas muestras en un templo que la ignorancia y la incuria habian afeado y deslucido hasta el punto de ser objeto constante de crítica y desdoro para nuestro país, del cual daba malísima idea á los extranjeros que de continuo lo visitan.

Asi como la academia de San Fernando se ha reunido para acordar esta acertada muestra de distincion á una persona que por tantos títulos la merece, la sociedad de bibliófilos ha celebrado una importante sesion en la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia del señor don Cayetano Rosell, en la cual se ha decidido dar á luz la coleccion completa de las obras del inmortal poeta de las flores y las ruinas, del clásico Riojas. Esta coleccion en la cual habrán de comprenderse todas sus producciones, asi las publicadas como las que aun se conservan ineditas, contribuir ha hacer mas popular el nombre del ilustre poeta, Sevillano prestando al mismo tiempo un verdadero servicio á las letras castellanas y á los muchos admiradores de tan celebrado autor.

Para terminar nuestro tarea diriamos algunas palabras acerca de los teatros si en la última semana las fiestas religiosas no hubieran reducido á cero las novedades de este género. Afortunadamente proyectos para el porvenir no faltan y en las revistas próximas podremos desquitarnos.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LAS MUJERES.

¿Son las mujeres seres humanos ó no? Bajo este título aparecieron en el siglo XVII y en la primera cuarta parte del XVIII una serie de disertaciones mas ó menos estensas que trataban esta cuestion en estilo jocoso en parte, pero en el fondo con verdadera gravedad y que concluian dando una contestacion negativa. Esta cuestion sin embargo se habia tratado ya mucho antes de que se publicaran dichos escritos y se habia resuelto del mismo modo. En el año 585 hubo un concilio en Macon (Francia), en el que un obispo sostenia que no debia contarse á las mujeres en el número de los seres

humanos, para lo cual se apoyaba en el pecado del primer hombre. Otros sin embargo no iban tan allá, pero opinaban que la mujer es muy inferior al hombre, apoyándose para ello en que este fue creado antes que aquella. Debemos reirnos de esto porque las razones que alegan para probar su inferioridad son ridiculas, pero ¿qué dirémos si los filósofos alemanes del siglo XIX sostienen lo mismo? Fichte dice así en su derecho natural: «En el concepto del matrimonio existe la sujecion ilimitada de la mujer á la voluntad del hombre.» Oken vá aun mucho mas allá y dice espresamente: «El hombre se halla tan elevado sobre la mujer, como las plantas que pertenecen á una familia sobre las que no pertenecen á ninguna, como el árbol sobre el musgo. En todas las clases de animales el macho es superior á la hembra. La naturaleza quiere llegar á lo mas alto y por lo tanto solo al hombre. Las mujeres han sido creadas para que los hombres se produzcan por ellas; la mujer por lo tanto es solamente el medio no el fin de la naturaleza. La naturaleza no tiene mas que un solo fin un solo objeto, el hombre.» ¿Qué debemos decir de tales opiniones? No podemos contestar á esto mas que lo que dijo Lessing hace mas de cien años, que no hay estravio ninguno que no hayan sostenido ya los filósofos alemanes.

No se puede negar que las mujeres en general no se hallan en el mismo grado de la escala moral que el hombre, pero esto no prueba que por su naturaleza se hallan moralmente mas abajo, esto no es mas que una consecuencia de la posicion subordinada que ocupan en la sociedad civil, es precisamente una consecuencia de la educacion insuficiente que reciben. La condesa Dora d'Istria en una obra que ha publicado el año último pide la mejora de la condicion social de las mujeres, pero está muy lejos de participar de los imprudentes deseos de emancipacion que estuvieron de moda algun tiempo. No quiere que las mujeres sean hombres como madame Dudevant (Jorge Sand) en Francia y madame Luisa Asten en Alemania, que se vestian de hombres y en cuanto era posible se conducian como si lo fueran; quiere únicamente que á las mujeres se les dé la posibilidad de ocupar como los hombres, el lugar que las conviene y para ello pide por un lado la abolicion de aquellas leyes que en las relaciones sociales subordinan la mujer al hombre y la tienen en perpetua tutela, y por otro lado una educacion acomodada al sexo femenino que sirva para que las mujeres desarrollen en todos conceptos sus aptitudes morales.

Con respecto á la mejora social de la mujer dirémos que la historia nos enseña que mientras mas noble é independiente es la posicion de las mujeres en la sociedad civil, mas aumenta la cultura moral del género humano. Entre los pueblos salvajes la mujer es poco mas que una bestia de carga y en muchos conceptos su condicion es aun mas triste. Está considerada como impura, como odiada por los dioses; no debe comer con el hombre y á veces ni aun de los mismos manjares, no debe sentarse en su presencia, ni tocar las vasijas de que el se sirve. El hombre no tiene ningunos deberes que cumplir con respecto á la mujer y por lo tanto puede tomar las que quiera y repudiarlas á su arbitrio. Este modo de ver en cuanto á la subordinacion de las mujeres, abraza toda la historia del mundo hasta nuestros dias, aunque fue apareciendo menos duro á medida que la sociedad progresaba en cultura. En el dia en los pueblos orientales le hallamos en una forma mas benigna. Asi como entre los salvajes la mujer es solo un objeto, y cuando mas una bestia de carga, á la que el hombre puede imponer toda clase de trabajos y penas, en los pueblos orientales aparece como una esclava; es verdad que se la considera aun como propiedad del hombre, pero ya tiene algun valor, debe comprarse; pero precisamente porque debe comprarse forma parte de la propiedad y el rico trata tambien de brillar por este lado. Por esta razon no le basta una sola mujer y tanto entre estos pueblos como entre los salvajes se encuentra la poligamia. Es verdad que entre los mahometanos el número de las mujeres, como esposas, se halla limitado por la ley, pero el hombre tiene sin embargo el derecho de comprar un número ilimitado de esclavas.

Entre los griegos y los romanos la posicion de las mujeres era ya mas elevada, no se la compraba y por lo tanto no era la esclava del marido, pero estaba sujeta á él, principalmente entre los romanos. Estaba bajo su poder como el hijo bajo la autoridad del padre, y en muchos conceptos el marido podia disponer de la mujer de una manera tan ilimitada como el padre del hijo. El cristianismo ejerció su influjo civilizador con respecto á las mujeres, pues las puso al nivel del hombre; pero esta idea, como otras varias, no pudo dominar por completo; encontró un obstáculo insuperable para su desarrollo en la influencia de la civilizacion romana, poderosa como siempre. De esta manera la mujer en los pueblos modernos ha quedado aun sin libertad desde su nacimiento hasta su muerte se halla bajo la tutela del hombre. La legislacion francesa producida por la revolucion de 1789 dió un paso hácia el progreso, pero al mismo tiempo contiene la contradiccion mas notable que puede haber, pues si bien libra á las mujeres solteras de la tutela del hombre, sujeta de tal modo á ella á las casadas, que las nivela

con los menores de edad y con las personas sobre las que pesa una interdiccion. El Código de Napoleon quita tan completamente la libertad personal á las mujeres, que estas tienen que seguir á sus maridos hasta aquellos países cuyo clima es perjudicial á su salud; como madre, no tiene ningun derecho legal sobre sus hijos; no puede tenerlos en su casa ni alejarlos de ella sin el consentimiento de su marido, al paso que este puede hacer ambas cosas sin el de ella y hasta contra su voluntad. La mujer no puede ser testigo de un testamento ni tutora de la hija de una amiga. Es verdad que la legislacion francesa autoriza la administracion por separado de los bienes llevados al matrimonio ó adquiridos en él, y de este modo protege á la mujer contra la ligereza ó maldad del marido; pero en el caso de comunidad de bienes (que siempre se supone legalmente á menos que el contrato matrimonial diga espresamente lo contrario) al hombre solo le corresponde la administracion de los bienes comunes. En todos los demás casos puede decirse que la mujer esta sujeta al poder ilimitado del marido y en cuanto á esto el código francés es la espresion exacta de la idea de Napoleon acerca del matrimonio.

Sin embargo en los tiempos modernos se han hecho progresos en diferentes naciones y en otras están por decirlo así, para hacerse en breve. Antes, la mujer que quedaba viuda recibia un tutor, ó por lo menos, una especie de abogado, sin cuyo consentimiento no podia disponer de sus bienes ni de sus hijos; en el dia se ha libertado de esta dependencia y es de suponer que mas pronto ó mas tarde desaparecerán todos estos obstáculos que quitan la independencia á la mujer.

Una de las objeciones principales que se han hecho y que todavía se hacen en el dia á la libertad de la mujer, es la duda de si ésta es efectivamente de igual condicion que el hombre, de tal modo, que se la pueda conceder una completa independencia sin peligro para ella y para los suyos. ¿No se halla la mujer física y moralmente en una escala inferior al hombre? Aun en las clases elevadas ¿no está la mujer subordinada al hombre en la parte moral? En este último caso es posible que sea así, y hasta creemos que la distancia que existe entre el hombre y la mujer en las clases elevadas es mucho mayor que la que hay en las clases inferiores de la sociedad, lo cual se comprende fácilmente. En las clases inferiores los niños de ambos sexos reciben casi la misma educacion; aprenden á leer, á escribir y á contar, despues de lo cual abandonan la escuela y aprenden un oficio cualquiera. En las clases mas elevadas sucede lo contrario; mientras los niños entran en una escuela industrial ó politécnica, en un colegio ó en una universidad, para recibir una educacion superior, la instruccion para las niñas se limita á los conocimientos mas comunes, con muy pocas escepciones, principalmente en España, Italia y Francia. No hay en realidad razon alguna para que la educacion de las jóvenes sea tan limitada; se dice sin embargo para escusarlo que están destinadas á ser amas de casa, que su educacion debe encaminarse á esto antes que á lo demás, que el sexo femenino se halla mucho mas bajo en la escala intelectual que el masculino, y que por lo tanto carece de aptitud para dedicarse á las ciencias en mayor escala.

En cuanto á la primera de estas objeciones diremos que es efectivamente cierto que á la mujer se la educa para que sea ama de casa, pero que esto no escluye de ningun modo una educacion mas amplia. La mujer puede ser una excelente ama de casa, y sin embargo ocuparse tambien en otras cosas graves y de interés. Del mismo modo que un comerciante, un médico, un abogado, un empleado ó un militar puede ser poeta, historiador ó cualquiera otra cosa, sin que por ello abandone ó descuide su profesion, del mismo modo tambien la mujer puede dedicarse á trabajos intelectuales ó de otra clase sin abandonar sus deberes de ama de casa y de madre. La esperiencia misma ha demostrado que no es incompatible una cosa con otra pues ha habido bastantes mujeres que se han dedicado con el mayor acierto á alguna profesion sin dejar por eso de ser excelentes amas de casa.

La objecion segunda, es decir, el suponer que el sexo femenino es inferior intelectualmente al masculino, tiene todavía menos fundamento, y en cuanto á esto la esperiencia puede instruirnos aun mejor. La historia nos presenta innumerables ejemplos de mujeres que con una buena educacion y en condiciones favorables, manifestaban facultades intelectuales, desarrolladas de un modo tan eminente como podian estarlo en un hombre. La marquesa de Chatelet, la amiga de Voltaire, la cual sostuvo una correspondencia muy activa con el filósofo alemán Wolf, fue la primera que dió á conocer en Francia el sistema de Newton; su disertacion sobre la naturaleza del fuego obtuvo el primer premio de la academia de ciencias de Francia. Sofía Germain hizo descubrimientos importantes en su obra titulada *Investigaciones sobre la teoria de las superficies elásticas*. La mujer del ciego Huber, naturalista de Ginebra, tuvo una parte considerable en los grandes descubrimientos de su marido sobre el sistema de las abejas. María Huber, tambien de Ginebra, escribió una obra notable de teología. La inglesa miss Martineau se ha distinguido por sus trabajos sobre economía política.

Mad. Pouchet, por la parte que ha tomado en los importantes trabajos de su marido, el célebre fisiólogo; Mad. Somerville, por sus conocimientos en física y astronomía, y finalmente, la alemana Ida Pfeiffer, por sus viajes y sus investigaciones etnográficas.

La Italia es rica en mujeres de talento. María Cayetana Agnesi, de Milán, escribió á la edad de nueve años una disertación latina, en la que probaba que el sexo femenino tiene aptitud para las ciencias. A la edad de once años comprendía el griego; á los trece años tradujo una obra latina al griego, al italiano, al francés y al alemán. Después aprendió el español y el hebreo, aunque todos estos conocimientos eran solo los medios para llegar á un fin más elevado. No tenía aun veinte años, cuando defendió públicamente 191 tesis filosóficas; poco después publicó una obra de matemáticas, que llamó tanto la atención, que el papa Benedicto XIV la confió la cátedra de matemáticas de la universidad de Bolonia. Por el mismo tiempo, Laura Bassi era allí misma profesora de física y de filosofía. Esta mujer célebre estaba casada con el médico Verutti, y cuidaba de los asuntos domésticos con tanta asiduidad como lo hubiera podido hacer otra mujer; y sus doce hijos no tuvieron jamás que lamentar el que ella se hubiera dedicado á las ciencias. En Padua, Elena Cornaro enseñaba la filosofía y compuso varias obras matemáticas, astronómicas y teológicas. Novella de Andrea explicaba allí derecho canónico, y como era tan hermosa como instruida, tenía delante de su silla una cortina que la ocultaba, para que sus oyentes no se distrajeran mirándola. En general, las italianas sabias no tenían ese aspecto desagradable que se atribuye injustamente á las mujeres que se distinguen por su talento; se podría citar un gran número de ellas, que se han hecho célebres por su instrucción ó por haber sobresalido en la poesía, en la pintura, en la música, etc., y que, sin embargo, tenían todos los atractivos de su sexo.

La Alemania puede con razón enorgullecerse de la multitud de mujeres célebres en las ciencias y en las artes que han nacido en aquel país; la simple enumeración de ellas sería demasiado larga. El Norte de Europa puede citar también los nombres de mujeres que se han distinguido en la literatura, como Federica Bremer y Mad. Lengren de Suecia, etc. En el mismo caso están la Inglaterra, los Estados-Unidos de América, la Francia, Portugal y España, donde los escritos de Santa Teresa solamente bastarían para probar la gran capacidad intelectual que puede tener una mujer. Además de esta, tenemos en nuestro país otras glorias literarias, antiguas y modernas, aun cuando ninguna de ellas llegue al esplendor que la santa que hemos citado, cuyas obras han merecido fijar la atención hasta de los escritores protestantes más distinguidos.

Si las mujeres no son inferiores al hombre en cuanto á su inteligencia, no lo son tampoco en cuanto á los rasgos de valor y de patriotismo. En este concepto, nuestro país ha dado repetidos ejemplos del valor de sus hijas, ejemplos algunos bastante recientes, y que por lo tanto no tenemos necesidad de recordar á nuestros lectores. Las españolas, por su temperamento meridional y por su amor á la patria, llegan con mucha facilidad al heroísmo en circunstancias determinadas.

Para terminar, diremos que las mujeres han probado que no eran inferiores al hombre ni aun en el arte difícil de gobernar. En prueba de ello, podemos citar á Isabel la Católica, á Berta de Borgoña, á Margarita de Dinamarca, Isabel de Inglaterra, Catalina II de Rusia, Pulqueria de Constantinopla, Elena de Servia, María Teresa de Austria, Hedwige ó Eduvigis de Polonia, Ulrica de Suecia y otras muchas que han gobernado sus Estados de una manera distinguida, que solo la malevolencia ó la parcialidad podría hacer que se sostuviera la opinión de que las mujeres carecen de capacidad política para gobernar bien.

A.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

Núm. 9.

(Párrafo 22 de las demostraciones.—MUSEO UNIVERSAL, 29 de enero de 1865).

Sancho Panza, que ni sabía ni quería saber la casa de Dulcinea (de lo cual hemos tratado ya), dejando á su señor en un bosque, no muy distante del Toboso, fingió llegarse al pueblo; y quedándose en el camino, sin ánimo de buscar ni la casa ni á la señora, dijo en un soliloquio, admirable por la verdad y el chiste, las siguientes palabras: «Este mi amo... es un loco de andar... no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea... quizá pensaré, como yo imagino, que algún mal encantador... la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.» Tomada esta determinación, ve que venían del Toboso tres labradoras en tres caballerías menores; dirígese á su amo, y le anuncia que

Dulcinea y dos doncellas de la ilustre señora vienen á verle; sale Don Quijote al camino, y ve lo que no podía menos de ver, tres lugareñas en tres borricas. Una de aquellas tres mujeres era Dulcinea, según aseguraba Sancho; Don Quijote que «no descubría en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso;» y figurándose al punto lo que antes imaginó su escudero, prorumpió entre otras en estas expresiones dolientes: «...Maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre.» Mas adelante en el mismo capítulo (que es el 10 de la segunda parte) vuelve Don Quijote á decir de su Dulcinea: «La transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea... y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores... me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrínó y atosigó el alma.» En el capítulo siguiente (el 11) al principio, se torna á mentar la mala figura de la aldeana; sigue hablándose en el capítulo 16.º de su fealdad y bajeza, calificándola por añadidura de zafia. En el 32 crecen los elogios: «Halléla (dice Don Quijote) convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago.» Después de tan halagüeño dibujo, casi está demás añadir lo que se lee adelante en el mismo capítulo: «Habiéndola visto Sancho en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo.» Parece que el favorecido retrato no deja rasgo que desear: era la pobre aldeana cariredonda, chata, de mala figura, de baja figura, tosca, zafia y necia, y exhalaba el aroma grato del ajo crudo: era en fin imagen del diablo la transfigurada ó desfigurada, y todavía se dice de ella algo más. Vamos á ver qué otra gracia tenía, y cuál le faltó.

Puesto de hinojos ante la Dulcinea falsificada el taimado escudero, exclamó diciéndole: «¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece, viendo arrodillado... á la columna y sustento de la andante caballería?» Don Quijote le dijo poco después: «No dejes de mirarme blanda y amorosamente.» Don Quijote y Sancho hablaron á la aldeana roma como á una mujer que veía. Echa la burra por el suelo á esta mujer; pero se levanta «y haciéndose algún tanto atrás, tomó una corrida, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligera que un halcón sobre la albarda.» La tal gineta, de quien no se dice que antes de tomar carrera para saltar hubiese tentado á su caballería para saber donde estaba y calcular el brinco, no lo necesitaba, porque no carecía de vista: la chata no era ciega. Y si lo hubiera sido, ella ó sus compañeras hubieran desde luego gritado á los que la detenían: «No digan ustedes que mire á una pobre mujer que no ve.»

Ahora bien, á otro día del encuentro con las tres aldeanas, decía Don Quijote á Sancho (según la primera edición), ponderando el poder malfético de sus enemigos: «Ya sabes, ¡oh Sancho! cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros... viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca.» Según esto, la roma era ciega ó poco menos; y ¡cosa bien singular! ni antes ni después, tratándose muchas veces del encanto de Dulcinea, se mientan otras cataratas, que las que metafóricamente se atribuyó el atónito Don Quijote en el lugar que dejamos copiado. Singular es esto (vuelvo á decir), porque Cervantes, cuando introduce en el *Quijote* una persona con defecto en la vista, lo anuncia muy pronto ó muy á tiempo, como la retórica y buena razón lo piden, tratándose de dar exacta idea de un rostro. No hablemos de Pandafilando el de la Fosca-vista, ni de Clara Perlerina ó perlática, ni de su novio el de los ojos llorosos y manantiales, figuras de que se habla en el *Quijote* sola una vez; fijémonos en dos que asoman en varias páginas del libro, respecto á las cuales hubiera podido el autor señalar antes ó después el defecto en los ojos. Sin haber todavía escrito el nombre de Maritornes, ya nos la ha pintado «ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana.» Con Ginés de Pasamonte hace lo mismo: principia describiéndole «hombre de buen parecer... sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Entra maese Pedro (que es el mismo Ginés) en la venta donde se acaba de referir el cómico lance del rebuzno; y parece que le falta tiempo á Cervantes para advertirnos: «Olvidábaseme de decir cómo el tal maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde: señal que todo aquel lado debía estar enfermo.» Cuando introduce á la contrahecha Dulcinea, bosquejándola cariredonda y chata y no de buen parecer (poco más ó menos que Maritornes); cuando nos la retrata, que era la ocasión

de pintarnos sus ojos, nada nos dice, ni aun nos indica nada, acerca de ellos: no debía pues en ella haber el sensible defecto que notó en la mozuela descogotada. Por eso, y por algo más que ya irá saliendo, no se imprimió en las ediciones de Argamasilla, en el pasaje de que tratamos, *cataratas*, sino *lagañas*, como defecto de menos monta, pero que no deja de afeard bastante unos ojos. Defiende así las cataratas el señor Acosta:

«Dejemos á los médicos, y particularmente á los oculistas, el decir sobre si no es posible tener cataratas, y sin embargo ver lo suficiente para manejarse.» «Se dirá, quizá, que en este supuesto las cataratas aun no están formadas...»

Cataratas que no están formadas, no suelen ser visibles; si las vió Don Quijote, formadas estaban, y por consiguiente ciega la que, sin embargo, veía.

«Pudo ser que aquellas que Don Quijote llamó cataratas no lo fuesen; pero si se lo parecieron, nada hay de contradictorio en que cataratas las llamase.»

¡Poderoso argumento! Cervantes ¡no pudo avisar al lector que Don Quijote se equivocaba! Pues bien pudo y supo advertir que lo que al pobre caballero le pareció castillo, era una venta; las que principales señoras, unas perdidas; y la música con que se figuraba obsequiado, la de un chiflo de castrador. Lo natural y cómico de la aventura del encanto era que Don Quijote viese á la labradora tan desagraciada como era, sin agregarle imaginarios defectos, que no hacían falta para dejar atónito y atribulado al buen Don Quijote. Si hubiese tenido cataratas la roma, Cervantes nos lo hubiera contado, como lo del mal parecer, lo cariredonda y lo chata. No lo dijo, porque ni entonces ni después convenia. El señor Acosta tiene la palabra.

«Lo que se inflere es que los ojos de aquella labradora no se hallaban en el mejor estado de servicio; y esto parece comprobarlo el haber dicho Sancho á su señor que tenía los ojos de perlas... Aquellos ojos, no hay duda, no estaban nada buenos; algo más que lagañas tenían; si no eran cataratas, eran nubes ó granizos, ó nube y granizo, para que fuese tempestad completa. No pintaba Cervantes de memoria; él vió á la aldeana, si no con los ojos, con la imaginación.»

No hay necesidad de repetir que Cervantes no vió las cataratas.

«Cuando Sancho Panza dijo á su señor que Dulcinea tenía ojos de perlas, dijo sin querer la verdad de lo que vió, sin percibirse al decirlo de que, como algo después observó con mucha oportunidad Don Quijote, ojos que de perlas parecen, antes son de besugo que de dama.»

Cuando alabó Sancho de aquella ridícula manera los ojos de la chata, se acordaría probablemente de lo que había oído decir, y repitió en el capítulo 19 de la segunda parte: «El amor mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre... y á las lagañas perlas.» Si era lagañosa la suplente de Dulcinea, la conversión de las lagañas en perlas, recordando lo referido, era natural y oportuna. Fuera de esto, á los ojos de un color bajo y desigual suelen en los pueblos donde abundan mas los enemigos de los ratones que los besugos, suelen (repito) porque tales ojos nada tienen de bellos, darles el nombre de *ojos de gato*: serían así los de la Dulcinea supositicia, y por esto y por las lagañas diría Sancho que eran *de perlas*.

Ocasión es esta de recordar que la voz *cataratas* aparece en una frase donde se pondera la fealdad de un rostro: y al momento se ocurre que las cataratas que dejan ver, de modo que hace una mujer ó un hombre teniéndolas cuanto haría sin ellas, han de ser poco ó nada visibles, y han de afeard menos los ojos que las lagañas, sobre todo si llegan al tamaño de perlas, aunque no suban al de las más abultadas. Y ahora veo que me quedé corto en la variante que hice á esa evidente errata: supuesto que son cuatro las sílabas de la dición mal entendida, *lagañazas* y no *lagañas* debí imprimir; aumentativo propio para espresar fealdad, que no espresan las *cataratas*, porque una mujer ciega, ó bien amenazada de serlo, no es objeto ridículo por lo feo, sino respetable por su desgracia; no mueve á desprecio ni á burla, sino á compasión. Cervantes, que era manco, no se había de ensañar con una ciega: consérvensele á la roma las cataratas, y parecerá inicuo y necio aquel insistir en su fealdad; múdense en otro defecto físico de menos monta, y la fealdad tantas veces repetida no tendrá inconveniente; si leemos: «la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con lagañazas en los ojos y con mal olor en la boca,» no nos inspirará ya compasión, sino deseo de que antes de ponerse en camino, se hubiera lavado. No nos olvidemos de que Cervantes ocupa el primer lugar entre nuestros escritores, porque reúne en el mismo grado el ingenio y el tino, imaginación felicísima y gusto excelente (1).

(1) En el prólogo á las ediciones de Argamasilla se halla lo que sigue, que no es ageno de este lugar.

«Se deleita el autor en el dibujo y colorido de la mujer, como hombre de corazón amante: son casi todas en su libro á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne. Riense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas; pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres, no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tlosao

«La primera vez (dice el señor Acosta) que Saint-Preux contempla el retrato de su ausente Julia, ningun defecto nota en él: siente, pero no analiza. Mas des-

Ya que nos da el ejemplo el señor Acosta, comparemos al amante de Dulcinea con el de la nueva Eloísa. El enamorado Saint-Preux había visto á Julia mi-

tan, como hacen despues, queda en poder de Saint-Preux; á Don Quijote le queda solo el variable recuerdo de lo que vió en unos instantes en que debió sentir y no analizar, esto es, vulgarmente hablando, ver sin reparar, ver en confuso y no enterarse de pormenores.

A Saint-Preux le parece al pronto muy bien el retrato de Julia; luego le nota porción de defectos. A Don Quijote le parece al pronto muy fea la chata; luego, todavía mas. El uno añade y el otro quita: no es lo mismo.

Si á Saint-Preux le hubiesen robado el retrato de Julia poco despues de haberle visto la primera vez, hubiera seguido creyendo que el retrato era parecidísimo: huida la aldeana sin que hubiese Don Quijote podido analizar su semblante, menos pudo hacer un exacto análisis al día siguiente.

Lo que Don Quijote no dejó de advertir cuando estaba delante de Dulcinea, cuando sentía y no analizaba, fue que el atavío de aquella mujer era el de una labradora pobre; cuando ella se marchó, dijo Don Quijote que tenía la encantada señora baja y fea figura y habría merendado ajos crudos: esto último se repite, y aun lo de pobre da lugar á lo que se figuró Don Quijote ver en la cueva de Montesinos. Soñó estando allí que una compañera de la mal figurada le pedía seis reales, que necesitaba urgentemente la pobre señora. Véase cómo, aun los sueños de Don Quijote se hermana ban con la verdad. Esta, en lo relativo á la labradora, se reduce á lo que Cervantes refirió como historiador, y á lo que dijo Don Quijote al tiempo de verla y poco despues; lo demás es un feo parchon pegado al retrato por un pobre oficial, poco menos que con cataratas. En la línea siguiente, segun la 1.^a edicion, hay otro error de imprenta, que notó Clemencin.

Al dar cuenta de la variante que nos ha ocupado, imprimí en las ediciones de Argamasilla: «Se ha puesto *lagañas* en vez de *cataratas*, por ser voz que no tiene, como ésta, mas vocal que la *a*.»—«Si por aproximaciones se ha de corregir (pone en una notita el señor Acosta), ninguna palabra se aproxima tanto á *cataratas* como *pataratas*.» Tiene razon el señor Acosta, y al leer ciertas demostraciones suyas nos hemos acordado mucho de esa palabra.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

CEREMONIAS

DE LA SEMANA SANTA EN JERUSALEM.

(CONCLUSION.)

SÁBADO SANTO.

El Sábado Santo no es fácil á los latinos penetrar en la iglesia. Por lo demás las ceremonias del culto Ortodoxo no difieren de las que se renuevan anualmente en nuestros templos. Lo mas notable de este día es la distribución del fuego sagrado á los griegos. He aquí como describe esta ceremonia un escritor distinguido:

«Las puertas están cerradas y esperamos bajo un sol ardiente y rodeados de griegos, con un manojito de pequeñas antorchas reunidas en la mano á modo de fascas. Una fila de soldados, continuamente rota, se esfuerza en mantener el orden de la puerta. No escasean los golpes, dándolos ligeramente en la cabeza, con mas intencion en la espalda, con palos, y aun con las bayonetas-sables de sus fusiles. Aunque á nosotros nos respetan hay que tener cuidado para que no se nos confundá con la multitud y despues de una hora de espera, se abre por fin la puerta y se establece una doble corriente del interior y del exterior igualmente apinadas, queriendo unos salir y otros entrar. El cónsul de Francia, precedido de sus kavas que esgrimen sus palos golpeando á derecha é izquierda para abrirse



CEREMONIA DEL FUEGO SACRADO QUE SE CELEBRA EL SÁBADO DE LA SEMANA SANTA EN JERUSALEM.

pues, y cuando, dando el tiempo lugar á la reflexion, lo examina, encuentra los defectos que á la primera vista habian pasado inadvertidos. ¿No vemos en esto á Don Quijote corrigiendo los defectos del retrato de Dulcinea?... El rasgo en su esencia es el mismo en ambos escritores, pero J. Jacobo fue posterior á Cervantes.»

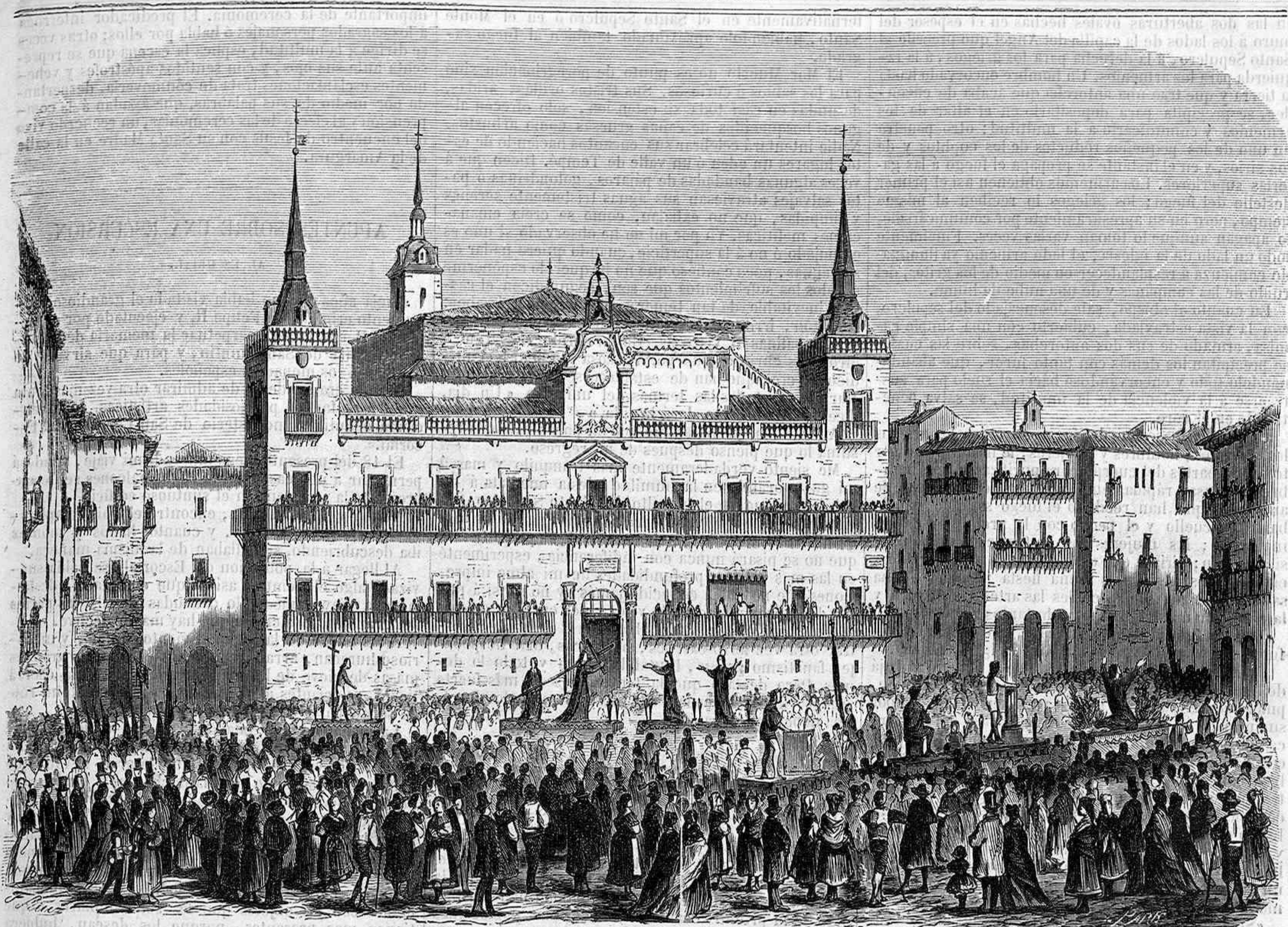
y la Molinera. La soez Maritornes misma, la caricatura del Quijote mas lastimosa, cuando ve á Sanecho bañado en sudor y con la congoja del mantamiento, le trae vino y se lo paga, y en otra ocasion ofrece oraciones para que se consiga volver á la razon al hidalgo demente.»

La chata del Toboso, que moralmente valdria tanto mas que la roma de Asturias, no habia de ser por Cervantes peor tratada, ni Don Quijote habia de mentar lo de las cataratas, sin dolerse de ello.

llares de veces, y recordaba muy bien la diferencia entre el color de las cejas y el de los cabellos de Julia, con otras menudencias del rostro; Don Quijote apenas habia visto cuatro veces (1) á la señora Aldonza Lorenzo, su dama, y ni aun sabia de qué color eran sus ojos: «á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser (dice en la 2.^a parte, cap. 14) de verdes esmeraldas.» A la Dulcinea supuesta solamente la vió durante un cortó rato, y ya no la vuelve á ver sino en sueños, en la cueva de Montesinos.

El retrato de Julia, invariable mientras no lo repin-

(1) Parte 1.^a, cap. 25.



PROCESION LLAMADA EL «ENCUENTRO» QUE TIENE LUGAR EL VIERNES DE LA SEMANA SANTA EN LEON.

paso, se lanza en medio del tumulto protegiendo con su brazo á las religiosas de San José. Las puertas se vuelven á cerrar y á abrir de nuevo: nosotros nos precipitamos y logramos entrar no sin contusiones con un grupo de ingleses. Subimos rápidamente á las galerías superiores y colocados en las tribunas de la galería alta, cuya mitad únicamente pertenece á los latinos penetramos y dominamos el templo que nos ofrece un espectáculo singular.

La cúpula está llena de hombres, griegos, armenios, cophtos, abisinios, negros, indios, de todos los países, de todos los colores de los trages mas raros. Algunos solo tienen camisa y calzoncillos y van descalzos de pié y pierna y aun con los brazos desnudos: para no perder su sitio se agarran á la pared ó á sus mas inmediatos; otros se enlazan del brazo para mantenerse firmes en las violentas oscilaciones de un flujo y reflujo continuo comparable solamente á una marejada. Muchos árabes, mas audaces que los otros se colocan en los rebordes de los capiteles de las columnas donde se tienen de pié pegados á sus cañas, gracias á sus cinturones y turbantes con que hacen flexibles anillos en los cuales se balancean.

En fin, á las dos el bajá acaba de llegar para la ceremonia: oyense los primeros cantos nasales de griegos y armenios; los soldados golpean para dar lugar á la procesion haciendo con gran dificultad un vacío en medio de la completa muchedumbre. En esta multitud se desliza el clero gregó á banderas desplegadas. Se dan dos vueltas alrededor del Santo Sepulcro, y el obispo griego que oficia llamado por consiguiente el obispo del fuego se encierra solo dentro de él con dos

antorchas despues de haberse despojado de todos sus ornamentos.

Asegúrase que no conserva mas que un solo vesti-

do blanco á fin de soportar el calor abrasador del fuego celeste.

Algunos instantes pasan y el fuego sagrado aparece.



LOS PEREGRINOS GRIEGOS BAÑÁNDOSE EN EL JORDAN ANTES DE ABANDONAR LA TIERRA SANTA.

en las dos aberturas ovales hechas en el espesor del muro á los lados de la capilla del Angel que precede al Santo Sepulcro, á la derecha para los griegos, á la izquierda para los armenios. Un hombre encorvado hasta la tierra y que trae una antorcha que acaba de encender, se precipita para depositarlo en el altar de los armenios y comunicarlo á la multitud: otro penetra en uno de los pequeños reductos de los copitos y de los sirios, y en el instante se propaga el fuego á las galerías superiores. Los armenios obtienen así el primer destello del fuego; los griegos lo reciben al mismo tiempo, pero en su apresuramiento por comunicárselo, lo apagan aunque lo toman varias veces. Finalmente todo un lado de la iglesia, el lado armenio ya iluminado comienza á resplandecer en medio de los gritos, del ruido de las campanas y de una nube de humo.

En cuanto al obispo, sale desencajado del sepulcro, con la vista estraviada, cubierto con una simple camisa, armado de sus dos antorchas, sobre las cuales se precipitan los demás con tanto furor, que abandonándolo todo y encorvándose hácia el suelo para sustraerse á la violencia de la multitud, se salva penetrando en el coro.

Una vez en posesión del fuego sagrado, los griegos los armenios, hombres y mujeres, le hacen pasar por todas las partes del cuerpo para purificarse. Los hombres se pasan rápidamente la llama de los fascas de antorchas que han recibido el fuego sagrado, por la barba, el cuello y el pecho con la pretensión de ser inofensivo; las mujeres los imitan con mas entusiasmo aun; diríase que eran bacantes bajo la influencia del Dios. Asistimos á una fiesta pagana, á una saturnal antigua, de las cuales las artes, la pintura y la escultura nos han conservado tantos recuerdos.

Nuestra Iglesia Católica no cree en este milagro del fuego, cuyo privilegio se atribuye la Iglesia Griega.

Cuéntase que hácia el año 1825 se le ocurrió al bajá de Damasco el capricho de encerrarse en el Santo Sepulcro con el patriarca griego para ver el milagro por sus propios ojos. Grande fue el embarazo del patriarca: dicen que temblaba como un azogado y que procuraba buscar el medio de ilusionar al infiel, pero el bajá contrariaba todos sus esfuerzos. Entre tanto el tiempo corria y la gente comenzaba á pedir á voces y con cierto furor el fuego sagrado. El patriarca, cubierto de un sudor frio, se arrojó á los pies del turco y confesó que aquello era una mistificación. El turco hubo de irritarse, pero el patriarca entonces empleó un argumento que lo apaciguó súbita y completamente.

«Si suprimimos, le dijo, el fuego sagrado el número de los peregrinos griegos se reduciría muy luego al de los latinos. Sin peregrinos no habria dinero, ni para tí ni para nosotros. Y entonces ¿qué sería de Jerusalem?»

DOMINGO DE RESURRECCION.

Este día los latinos quedan casi solos orando en la iglesia del Santo Sepulcro. Celébranse los maitines á media noche y el oficio comienza á las ocho y concluye á las doce del día. Solo un detalle de la solemnidad de este día tiene un carácter particular. Los fieles vienen á poner palmas en el Santo Sepulcro recohrándolas luego que están bendecidas.

Los griegos se dispersan por la ciudad y el valle de Josafat, poniéndose luego en camino hácia Belén ó el Jordan: para ellos todo está concluido desde que reciben el fuego sagrado. Pero no se alejan de la Palestina sin llevar pruebas materiales de su peregrinacion, á cuyo efecto piden certificados que les espiden los religiosos. Algunos se hacen dibujar en los brazos ó en el pecho con agujas y pólvora los atributos de la Pasión, la cruz, la lanza, la cifra de Jesús y María.

IV.

INMERSIONES EN EL JORDAN.—EL MAR MUERTO.—REGRESO.

Hé aquí los recuerdos que á mi parecer pueden ser mas interesantes. No he permanecido mucho tiempo en la Palestina y nuestra escursión al Jordan tendria ciertamente poco interés para los lectores, despues de lo que ya les he dicho. Solo añadiré que encontramos otra vez una de las carabanas griegas á la orilla del rio: De todo el curso del Jordan solamente los atrae un punto: el lugar en que San Juan bautizó á Cristo. Está situado á tres horas de camino cerca del Mar Muerto, y el lecho del rio es muy ancho.

Desde lejos vimos venir los peregrinos con gritos de júbilo. Despojábanse de sus vestidos y tanta prisa se daban en tirarse al agua, que faltó poco para que algunos se ahogaran. Pero se asegura que otros años ha sido causa de muchas desgracias esta impremeditación.

Cada peregrino metia tres veces la cabeza en el agua haciendo la señal de cruz, y todos bebían en abundancia no para extinguir la sed, sino para purificarse interiormente agrupándose ante los sacerdotes que les echaba mas agua en la cabeza. Observé que muchos de ellos mojaban un paño blanco repetidas veces en la corriente. Este trapo es el destinado á servirles un día de sudario. Lo habian traído los pobres de su patria, y ya en Jerusalem lo habian tocado al-

ternativamente en el Santo Sepulcro ó en el Monte Santo, habiéndolo aproximado tambien al fuego sagrado.

El Mar Muerto no es punto de peregrinacion sino para los sabios ó curiosos. Sus tristes orillas, áridas, desnudas en casi toda su estension, solo ofrecen algunos bosquecillos de cañas gruesas como arbustos. Nadie intentará celebrar sus encantos haciendo de estos lugares un edén ó un valle de Tempé. Dicen que á veces algunas bandadas de pájaros, golondrinas ó patos salvajes atraviesan sus aguas tristemente serenas y límpidas, que no exhalan, como se creia emanaciones mefíticas. Yo por mí no he observado si uno es empujado ó no á la superficie, cuando quiere nadar en sus aguas, pues confieso que no he querido esponerme á todos los sufrimientos que son, segun dicen el castigo inevitable de tan temeraria esperiencia á saber: comezon, irritaciones, adherminia á la piel de partículas salinas ó viscosas. He preferido referirme á otros mas curiosos que yo. Y ¡cosa singular! el médico G. cree que han de establecerse en la orilla del Mar Muerto todas las termas del universo «Un día, dice, el Mar Muerto dará la vida.»

Ahora bien, permítaseme que en pocas palabras resuma lo que pienso despues de mi regreso.

Me siento verdaderamente mas tranquilo y mas á mi gusto orando en la humilde iglesia inmediata á mi habitacion que en el tumulto del Santo Sepulcro. Sin embargo, este viaje es y será para mí uno de los mas grandes acontecimientos de mi vida. En aquella tierra, que no se pisará nunca con indiferencia, esperiménté en las mas íntimas profundidades de mi alma impresiones que no habia conocido jamás; y no sé si á pesar de la proximidad de la vejez y del encanto de mis hábitos pacíficos, resistiré algun día el deseo de arrojarme otra vez ferro-carriles, borrascas, mal hospedaje, fanatismo griego, brutalidad turca y todo lo demás. Pero declaro que la tentacion sería mas fuerte aun si viniera á ser la Palestina, como yo lo deseo, una dependencia católica.

X.

PROCESION DEL VIERNES SANTO EN LEON.

Entre los países católicos, seguramente es España uno de los que mas se distinguen por la pompa y el esplendor del culto. Las ceremonias religiosas de la Semana Santa, si bien en la actualidad han perdido algo de su primitivo carácter, en algunas poblaciones todavía son tan dignas de llamar la atencion, que desde muy lejos y aun de naciones extranjeras acuden curiosos ó devotos á pasar esta época del año en los puntos mas célebres por el número y la riqueza de sus congregaciones y cofradías.

Nada diremos de Sevilla, cuya Semana Santa se ha comparado por algunos con la de Roma, no faltando quien dé la ventaja á la primera: tampoco hablaremos de Toledo, cuyas imponentes ceremonias gozan de fama universal. Lo mucho que se ha escrito acerca de las fiestas religiosas de estas y otras poblaciones frecuentemente visitadas por artistas y literatos, nos inducen hoy á buscar la novedad ocupándonos de otras procesiones que, como la del Viernes Santo en Leon, de la cual ofrecemos una vista tomada del natural en este número, son menos conocidas á pesar de que por sus detalles y las originales escenas á que dan lugar, merecen que se haga de ellas aunque no sea mas que un ligero estudio.

Esta procesion, llamada vulgarmente *El Encuen'ro*, sale á las diez de la mañana del Viernes Santo y recorre casi todas las calles de la ciudad, acompañada de cofrades con hachas encendidas, cruces, estandartes y pendones. En esta forma sigue hasta llegar á la Plaza Mayor, donde la espera una multitud de gentes, entre las que se ven pintorescos grupos de montañeses y aldeanos, que en días semejantes acuden á la capital engalanados con sus vistosos y característicos trajes.

En uno de los balcones del piso principal de la casa del Consistorio y bajo dosel, se coloca un sacerdote, el cual esforzando la voz de modo que pueda hacerse oír de los fieles que ocupan el estenso ámbito de la plaza, comienza á trazar á grandes rasgos y en estilo tan dramático como original todas las escenas de la pasion y la muerte del Redentor del mundo.

Como nuestros lectores pueden suponer, la oratoria especialísima del encargado de dirigirse á la multitud para prepararla convenientemente á sentir la estraña escena que va á presenciarse, abunda en rasgos y comparaciones que en otro sitio podríamos calificar de toscos y vulgares, pero que son sin duda los mas adecuados en esta ocasion, sobre todo si se tiene en cuenta que el auditorio á que se dirige lo componen en su mayor parte gentes ignorantes y sencillas.

Durante el sermón, el paso de Jesús Nazareno con la cruz acuestas, está al extremo de la plaza, á la derecha del predicador, y en un momento determinado los de San Juan y la Virgen de las Angustias, comienzan á bajar por una de las calles próximas y en direccion contraria.

Cuando unos y otros se encuentran comienza lo mas

importante de la ceremonia. El predicador interroga á los sagrados personajes ó habla por ellos; otras veces se dirige á la multitud, explica la escena que se representa ante sus ojos, y con sentidos apóstrofes y vehementes exclamaciones trata de conmoverla, despertando por medio de sus palabras, que ayudan á la comprension y al efecto de las ceremonias, un recuerdo vivo del encuentro de Jesús con su Santa Madre en la calle de la Amargura.

APUNTES SOBRE UNA ESCURSION

AL ESCORIAL.

Hacia años que no habia visitado el grandioso monumento erigido por Felipe II, y ejecutado por el inmortal Herrera, para perpetuar la memoria de la gloriosa batalla de San Quintin, y para que sirviese de panteon á los monarcas españoles.

Grande era mi deseo de admirar otra vez mas tanta grandeza, tantas preciosidades artísticas como encierra el antiguo monasterio de San Lorenzo del Escorial.

El 18 del presente mes emprendí mi viaje, yendo á pernoctar á una casa, desde cuyos balcones se descubren en toda su estension el suntuoso edificio.

Al dar vista á Villalba, encontré el país completamente cubierto de nieve, y cuantos llanos y montes iba descubriendo, se hallaban de la misma manera.

Al llegar á la poblacion del Escorial, se habia suavizado algo el tiempo, así es que empezaba á deshacerse la nieve, quedando desnudas de ella las partes del grandioso edificio en que hay mayor declive.

A las nueve de la noche el viento cambió, y un furioso huracan, arrancando con violencia las grandes masas de nieve de los empizarrados, las hacia caer á tierra, semejantes á las avalanchas, causando un ruido sordo parecido al del lejano trueno.

La mañana del 19, cuando creia que la nieve habria desaparecido por completo, abriendo la ventana de mi dormitorio, ví con sorpresa que la gran nevada que habia estado cayendo toda la noche habia blanqueado de nuevo el monasterio, produciendo un efecto mágico, pues los chapiteles, bolas, cúpulas, chimeneas y hasta las campanas se veian perfilados de un blanco deslumbrador. Un niño, obrando de distinta manera que Ovidio, que usó de un grande ejemplo en cosa pequeña, porque los niños suelen hacer sus comparaciones con los objetos que les son familiares ó que tienen mas presentes, porque los desean, hubiera comparado entonces la gran mole granítica á un inmenso ramillete, cubierto de merengue y las torres y gran cimborrio en los que, por su convexidad solo se detiene escasa cantidad de nieve, á grandes turbantes de bizcocho espolvoreados de azúcar.

En toda la estension que abarcaba la vista, no descubria otro ser viviente que la zanzuquilara cigüeña, inmóvil centinela de su nido, la que, no entendiéndome de artes ni de monumentos, tiene el malísimo gusto de inmigrar tan temprano á este desapacible clima, y segun me aseguraron, el día que este ave de paso vuelve de su emigracion, sin duda para celebrar la entrada de la primavera, es día de asueto en el colegio. Puede graduarse cuál será la vigilancia que ejercerán los colegiales para dar parte al superior de la llegada del nuevo huésped.

Las grandes porciones de nieve desprendidas de los empizarrados semejaban pequeñas colinas de mayor altura que la de un hombre.

¡Qué espectáculo tan sorprendente es el que presentaba el jardín llamado de los frailes y el patio de los Evangelistas! En los cercos de boj, de que están rodeados los cuadros del primero, y en las preciosas labores, tambien de boj, que figuran las cruces de las órdenes militares en el segundo, se veia convertido el oscuro y permanente verdor en blanco alabastro; así es que los últimos, mirados á vista de pájaro, desde las ventanas del claustro principal semejaban enormes piezas blasonarias de mármol.

Hasta las once de la mañana no me fue posible pasar al monasterio, tal era el estado de las calles, y eso que fuí gran trecho por la galería subterránea que desde la poblacion conduce á la puerta del palacio. Pero por bien empleados las incomodidades del viaje, el intenso frio que sufrí y el haberme llenado de lodo y nieve hasta la rodilla, al contemplar las grandes mejoras, las atinadas reparaciones que, merced á la ilustracion é incansable celo del digno presidente, señor don Dionisio Gonzalez, se han verificado y siguen haciéndose sin tregua ni descanso.

Recuerdo que la última vez que visité el monasterio, gran parte de los salones y galerías altas estaban desmanteladas, sin vidrieras y sin otro destino que el de servir sus techos para que anidasen las golondrinas y las lechuzas. Hoy estas abandonadas estancias se ven combertidas en cómodos, abrigados y bien dispuestos dormitorios, destinados á los seminaristas.

La gran biblioteca de códices que estaba antes en uno de los salones del último piso, cuyo techo es de madera, ha sido trasladada con grande acierto á otro

de la planta baja cubierta de una sólida bóveda, alejando de este modo el peligro de que pueda ser presa de las llamas esa rica y copiosa colección de manuscritos, que, si desapareciese, todo el oro del mundo no serviría de nada para remplazarla.

Los gabinetes de historia natural y de física, recientemente creados, puede asegurarse que son de lo mejor que en el día existe en España, pues las hermosas y variadas colecciones del primero y los numerosos y escogidos aparatos y máquinas del segundo, nada dejan que desear, sin que por esto se omita diligencia alguna para adquirir muchos objetos como demuestra la frecuencia con que se reciben remesas.

En cuanto á la parte material del edificio podemos asegurar que nunca le hemos visto en el estado en que hoy se encuentra por no notarse en él ni un ladrillo de sus pavimentos movido, ni la falta de una pizarra; y pues se van haciendo un poco largos estos breves apuntes de mi expedición, que de solo leerlos da frío por haberlos escrito al son del espantoso huracán que derrumbaba las chimeneas de las casas, pegado á los tizones y hasta con guantes y bufanda, dejó para otro día el hablar de lo mas importante que se observa en el antiguo monasterio de San Lorenzo que es su buen método de enseñanza; la esmerada asistencia que por una módica pensión se da tanto á los jóvenes del seminario como del colegio, y otra multitud de pormenores que honran sobre manera así á las distinguidas personas que se hallan al frente de este gran establecimiento en que la piedad corre parejas con la ilustración, como á los ilustrados profesores que secundan tan acertadamente las elevadas al par que humanitarias miras de aquellos.

Marzo de 1866.

P.

LA FE (I).

Quando no puede esperar
si es perdida
la fe defiende la vida.
CAJONERO.

I.

—Adios, el rey á pelear me envía
al Africa abrasada,
si tu amor se opusiera, rompería
en tu reja mi espada.

—Vé á lidiar, pero lleva en el combate
como escudo sagrado
del corazón leal que por mí late
la cruz que yo he bordado.

—Por ella de los árabes infieles
como nupciales arras
yo te traeré marlotas y alquiceles
y rotas cimitarras.

—Adios, dijo la dama en triste queja
y adios el caballero,
y bañando en sus lágrimas la reja
partir le vió ligero.

II.

Cuatro veces abril de gayas flores
cubrió la madre tierra,
desde que el noble doncel soñando amores
partió para la guerra.

Cuatro años há que en el altar del templo
donde adora Castilla
á su invicto patron de héroes ejemplo
una lámpara brilla.

Cuatro años há que en vano su ventana
dama de ilustre cuna
cierra al primer albor de la mañana
y abre al nacer la luna.

—No viene, dice ya la corte ociosa
y el corazón deshecho.
—Vendrá con ciega fe, dice la hermosa,
llevó una cruz al pecho.

III.

Mas de nuevo tornó á buscar su nido
la golondrina errante
y pasar vió la dama el mes florido
sin ver tornar su amante.

Detrás de la entornada celosía
velando, en triste queja

(1) Del libro inédito *Cuentos de la villa*.

— ¡ojalá hubiera roto se decía
su espada en esta reja!

Cuando una noche al trasponer los cerros
la luna enamorada
sintió en su reja restallar los hierros
al choque de una espada.

¡El es! dijo al abrir, — y en grito ardiente
oyó decir: — ¡Es ella!
á tiempo que asomaba en el Oriente
blanquísima una estrella.

JUAN A. DE VIEDMA.

RUINAS.

(CONTINUACION.)

¡Don Braulio es otra vez rico! no tanto como lo ha sido, pero bastante para hacer felices á mas de cuatro desdichados. Ya no dará banquetes, exceptuando uno... pero sabrá repartir lo que Dios le ha dado.

Doña Isabel quedó al pronto muda de admiración; despues bendijo á Dios porque empezaba á premiar en la tierra aquel sencillo corazón, y por último, le preguntó, sin temor á parecerle indiscreta, cómo había acontecido aquel milagro. Don Braulio le respondió: — Hablaremos por el camino para no perder tiempo; ¿quién sabe lo que estará sufriendo ese pobre caballero?

Doña Isabel cogió inmediatamente su gran paraguas, arregló su tupé y bajaron la pequeña y estrecha escalera, mas cuando iban á salir tropezaron con un sujeto de aspecto hinchado y cubierto con un gran sombrero de paja, que por sus dimensiones tenía muchos puntos de contacto con el paraguas de la anciana. Fumaba un gran cigarro habano, escupía por el colmillo y haciendo una gran reverencia á don Braulio, sin cuidarse de su grave y digna compañera, exclamó: — Señor de too mi respeto, es nesario que hoy, si óstó lo consiente, y no le parese mal, fagamos las coentas, porque miñana por la miñana me facia coenta darme á la vela prál Ferrol. Es cousa liguera, porque todo viene perfectamente asentao. —

Don Braulio quedó conforme con lo que el caicoño le propuso, y cuando aquel se hubo alejado, dijo á doña Isabel: — Este es el que acaba de traerme la fortuna por la puerta. Cierta sobrino mio, á quien antes de marchar para América había yo dado algunas cartas de recomendación y unos cuantos miles de reales para que al llegar á aquella tierra de Dios, no se encontrase el pobrecillo pasto de negros, acaba de morir, soltero y sin familia, siendo yo su único pariente y heredero. La herencia asciende á millon y medio de reales, sin contar algun dinero puesto en los Bancos. Con esto hay bastante para que Montenegro tenga un coche; lo tendrá, señora, y será rico. Ahora mismo depositaré en sus manos una buena cantidad; pero como nada querria aceptar, y como tampoco quiero que se vea obligado á agradecerme nada, preciso será que usted le intime la comision, diciéndole que este es un legado particular que cierto usurero le ha dejado al morir, en compensacion de una deuda antigua que tenía contraida con sus abuelos. Esto se le hará ver por medio de algun viejo cartapacio, y todo quedará arreglado.

Loca de alegría doña Isabel al oír esto, ni siquiera notó que se había desencadenado un recio vendahal, y que mal parados los rizos de su tupé, se agitaban descompuestos sobre su frente. Iban á pasar el puente en donde se formaban grandes remolinos, y como doña Isabel necesitase reunir todas sus fuerzas para sujetar el gran paraguas, que ya se inclinaba hácia un lado, ya hácia el otro, no pudo detenerse, cuando una voz que irió su oído le dijo: — ¿Qué dicen por ahí? de mí?

— ¿No es ese Montenegro? preguntó á don Braulio.
— El mismo, lleva un aspecto calenturiento y febril. Yo le sigo, en tanto usted le intima la comision á su señora madre... Si logro cogerle le diré que usted le está esperando. Ese pobre caballero me ha dado miedo. Debe estar muy enfermo.

Don Braulio se volvió en seguimiento de Montenegro, mientras doña Isabel, entre triste y contenta, marchaba en línea recta por medio del puente, llevando agarrado entre sus dos manos el gran paraguas que hacia violentos esfuerzos por escapársele. Los pequeños pies y parte de las piernas bien torneadas de la anciana quedaron mas de una vez en descubierto, á impulsos de aquel viento fuerte que parecia conspirarse contra ella, pero antes que todo era sostener aquel estimado objeto, que apartaba de continuo el sol, la lluvia y el rocío de su cabeza. Se hallaba en la parte mas elevada del ruinoso y antiguo puente, cuando una ráfaga de viento mas fuerte que las otras, y mezclada de una lluvia fuerte, arrebatándole el gran paraguas de las manos, la dejó espuesta á la inle-

mencia de los desencadenados elementos. Ella lo vió hacer varias volteretas en el espacio, como si se hallase contento de su libertad, y despues caer graciosamente sobre la rápida corriente del rio, que lo arrebatava sin sumergirlo, parecia darle un adios desde lejos, con su color encarnado, y decirle: — No me lloreis, señora, mia, yo al fin tenía que sucumbir, y al menos éste es un fin digno de mí.

Doña Isabel se sintió en los primeros momentos tan abatida con aquel percance, como el que de pronto siente que le falta la tierra bajo los pies. Además de encontrarse espuesta á que el temporal azotase sin traba alguna su venerable frente y su tupé, acababa de perder un fiel compañero. La desgracia era grande, y la furia con que la lluvia maltratava su rostro, siempre tan bien resguardado hasta entonces, se lo hacia comprender demasiado á la anciana.

Pero como era fuerte de ánimo y de corazón, y se resignaba comunmente con la suerte que el cielo le deparaba, siguió intrépida su camino, diciendo para sí: — Dios lo remediará.

Mojada y llena de frío, llegó por fin á la pobre casucha que habitaban Montenegro y su madre. La puerta estaba entreabierta, y bien pronto divisó una figura humana echada en el suelo sobre unas pajas. — ¿Se puede entrar? preguntó.

Una voz afligida y débil le dijo que pasase adelante, y doña Isabel penetró en aquella especie de caberna húmeda é insalubre. Una especie de rubor cubrió el rostro enjuto de la persona que se hallaba en aquel miserable lecho, al ver á doña Isabel, y exclamó: — Señora, este es un sitio muy malo, en el cual no se puede entrar sin repugnancia... creí que era otra persona... ¿qué busca usted?

— Doña María, dijo la anciana, que aunque no trataba entonces con intimidad á la madre de Montenegro, la había tratado en tiempos mejores para ambos. ¿No me conoce usted?

— ¡Ah! sí; ahora recuerdo, estoy casi ciega... Siéntese usted, pero no hay en donde. Dios me lleve y vele por mi pobre hijo, que anda muy triste. Hoy lloró toda la noche, toda, y yo no se la causa.

— Animo, doña María, todos pasamos y hemos pasado las nuestras; el mundo es así, pero Dios no abandona á sus criaturas. Yo le traigo á usted una buena nueva, muy buena...

La madre de Montenegro se incorporó en su lecho para oír, y doña Isabel le dijo entonces, con el talento que le era propio, cuanto don Braulio le había encargado; pero á pesar del cuidado con que le dió la buena nueva, en poco estuvo que la enferma no perdiese, al oírlo, el conocimiento. Doña Isabel la animó, le dejó un buen bolsillo debajo de la almohada, llamó una vecina para que le hiciese inmediatamente un buen puchero, y se alejó diciéndo á la pobre madre que iba en busca de su hijo, despues de haber permanecido con ella cerca de tres horas. En su interior empezaba á inquietarse por la tardanza del hidalgo.

Cuando llegó á su casa encontró en ella á don Braulio, con una gran cesta delante, y á Florindo comiendo con toda la delicadeza de un gato bien educado, un gran trozo de merluza fresca; pero se conocía, por lo herizado de su pelo, que Florindo gozaba un placer que hacia mucho tiempo no había tenido.

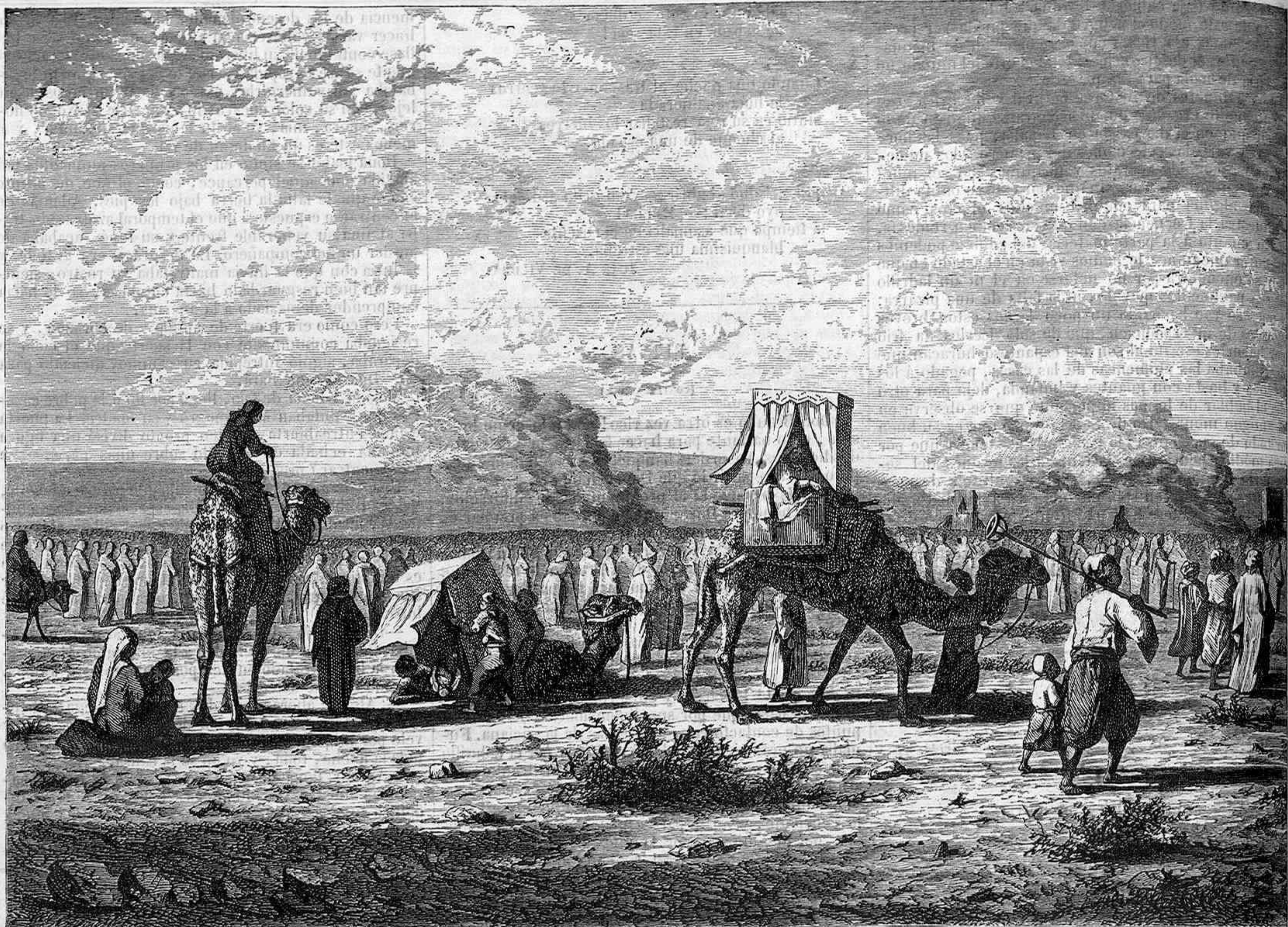
Doña Isabel quedó agradablemente sorprendida, y comprendiendo por el cesto lo que pasaba, le dijo á don Braulio:

— No debia usted ocuparse tanto de mí, mi excelente amigo. Usted sabe muy bien que soy feliz con mi suerte, y que las privaciones de que me hallo rodeada se estrellan en vano contra una existencia cuyas necesidades se limitan á muy poco. Yo no le diré á usted, como nuestro pobre amigo, que rehuso por delicadeza sus beneficios, pero sí que paso bien con lo que tengo.

— ¡Qué ha de pasar usted, señora! Cuarenta y un reales, una taza de manteca... una gallina... no habremos mas de ello. ¡Ah! ¡doña Isabel! solo por no atentar contra Dios puede pasar esto en tierra de cristianos. Yo aceptaria de usted, si fuese rica, lo que usted me diera; usted acepte de mí cuanto le ofrezca: es nuestro deber. Si usted rehusa, me parecerá que es por soberbia, y no la conceptuaré digna de mi amistad. Pero, ¿qué hay de Montenegro? Yo no le pude pillar, no sé por donde se escurrió al volver de una esquina. ¿Usted ha sido mas afortunada?

— Tampoco le he visto, y me salí inquieta del lado de su pobre madre, en donde he permanecido en vano esperándole por espacio de dos horas. La pobre señora está muy enferma y gana usted el cielo favoreciéndola. Creyó sin recelo cuanto le dije, y recibió el dinero sin el menor escrúpulo, aun cuando la alegría de verle en sus manos por poco la hace desfallecer. Pero ahora es preciso saber de nuestro pobre amigo, pues no dejé á su madre sino diciéndole que iba en busca suya. Dice que ha llorado toda la noche y que está muy triste, lo cual sé yo demasiado.

En aquel momento, las pisadas de un caballo que marchaba al galope por debajo de la ventana, llamó la atención de los dos ancianos, que se asomaron lanzando al mismo tiempo un grito de sorpresa. Montenegro acababa de pasar montado en aquel caballo, cuyo rápido galope podria hacer creer que iba á des-



CARAVANA DE PEREGRINOS QUE REGRESAN Á SUS HOGARES, DESPUES DE HABER ASISTIDO Á LAS CEREMONIAS DE LA SEMANA SANTA EN JERUSALEM.

vocarse, sin que hubiese respondido á sus voces mas que con una seña amistosa, que asi podia significar *adios como hasta luego*.

Los dos amigos se retiraron atónitos, preguntándose á un mismo tiempo: ¿á dónde va? Volvieron á asomarse para verle mejor; pero se perdió á sus ojos entre el remolino de polvo que levantaba en su carrera.

—¡Desgraciado! le gritó don Braulio involuntariamente, como si pudiese oírle, ¡pierdes treinta mil duros! ¡Vuelve y harás rabiar á ese chorlito que se ha burlado hoy de tí!

—¡Treinta mil duros! ¿Cede usted todo ese dinero á ese buen jóven? Es demasiada bondad... me asombra...

—Señora, no debe usted asombrarse. Soy muy viejo, no tengo herederos, y siempre he profesado á ese noble hidalgo una afecion casi paternal. Ademas me queda doble capital, triple todavía. El pobre Montenegro debe ser feliz, no lo ha sido nunca, y únicamente ha sabido sostenerse en su indigencia, siempre digno y honrado... pero no hay que hablar ya de esto.

—¡Oh, quiera Dios que vuelva! ¡Qué placer sentiré al verle vestido como corresponde á su clase! ¿Qué dirán entonces esas bailadoras de wals, que ni siquiera le miraban? Voy otra vez á casa de su madre, á ver si puedo saber á donde nuestro amigo se encamina, ella no debe ignorarlo. Dios lo quiera.

Doña Isabel se dispuso á salir y al ver don Braulio que no llevaba el paraguas, se lo recordó haciéndole presente que el tiempo estaba muy malo.

—¡Ay, amigo mio! dijo doña Isabel con alguna pesadumbre. A mi paraguas le sucedió lo que á «Periquillo Sarmiento, que salió á pasear y se lo llevó el viento.» Hoy lo ha arrebatado el vendabal de mis manos al atravesar el puente y le he visto vogar sobre la corriente del rio. ¿Qué hay que hacer? ¿qué es eterno en la tierra?

Doña Isabel supo por la madre de Montenegro que aquel habia llegado á casa tan pronto como doña Isabel saliera, que enterado de la buena nueva, habia estrechado muchas veces á su madre contra su corazon, sin pronunciar una palabra, y que despues cogiendo algunas monedas de oro, se despidió de la ma-

dre, diciendo que no estuviese con cuidado que á la noche estaria de vuelta.

Doña Isabel quedó mas tranquila y por la noche apareció en la reunion para decir á todo el mundo que sus amigos eran ricos.

—¡Señora! exclamaron al verla, ¡dos noches seguidas despues de tanto tiempo de ausencia! ¿Cómo usted que tanto se resfria se ha atrevido á venir sin paraguas? (Todos sabian ya el lance que le ocurriera en el puente).

—Mas vale escatimarse que prodigarse, hijas mias, y respecto al paraguas, el viento se encargará de daros cuenta de él, pues me lo ha arrebatado; pero como no nací en estos tiempos en que todos padecen de escalofrios «me gusta lo bueno,—pero si no lo tengo —paso sin ello.»

—Pero ha sido una gran desgracia, señora, ¡usted que no abandonaba nunca su paraguas ni aun en las noches de luna! ¿En dónde se encontrará ese fiel compañero?

—Donde le haya llevado la suerte, replicó.

Todo, señores, tiene fin en la tierra, y porque esto que digo mejor se entienda; Si no lo saben, sepan que de los rotos viven los sastres.

Y que si los paraguas fueran eternos, ¿quien tuviera el oficio de paraguero? La cosa es clara, y asi paraguas mio en paz descansa.

Miles de aplausos llenaron la sala al oír estas seguidillas, no tan solo por lo que querian decir, sino por el donaire con que la anciana las improvisó y las dijo, á pesar de la ronquera que le habia producido la mojadura de la mañana.

Todo lo mejorcito de la ciudad se hallaba reunido

en el salon, porque era domingo y ya se decidan á no abandonar en toda la noche á doña Isabel, cuando un imprevisto suceso vino á sellar todas las voces.

Un nuevo personaje en quien nadie pensaba, y que traia zapatillas, gorro de dormir, y un leviton que le llegaba hasta los pies, apareció de improviso en la sala causando en todos una viva sensacion si bien diferente en cada uno.

¡Presentarse con aquel trage en una tertulia! y era don Braulio el que así se atrevia á romper con la etiqueta, á deshonrar con sus habuchas y su gorro de dormir, aquel salon en donde el buen tono, la modestia y el pudor tenian su morada, salvo segun la opinion de doña Isabel (y aun de *Byron*) cuando se bailaba el wals.

El amo de la casa, á quien don Braulio tenia en el número de los tacaños, frunció el entrecejo, y ya se levantaba llevando delante su enorme pausa para decir algo al hombre *imprudente*, cuando don Braulio dirigiéndose á las jóvenes mas lindas, exclamó:

—Hace mucho tiempo hermosas mujeres, reinas del universo, que yo no he podido obsequiaros, pero como tiempos van y tiempos vienen, la buena suerte que se habia cansado de mí ha vuelto á visitarme, y yo quiero darle la bienvenida con una de mis antiguas costumbres. Desde que la fortuna de don Braulio dejó de existir, fue siempre noche en este pueblo; pero hoy vuelve á salir el sol de la villa, ¡alegraos conmigo! Hermosas, ¿no entonais en su honor alguna cancion nueva como las cantabais en otros dias?

(Se continuará.)

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Haz bien sin mirar á quien.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.
IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.